

DIÓPTRICA (I)

Dióptrica (I)
David Carvajal Garrido

Esta obra ha sido licenciada bajo una licencia Creative Commons
Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 2.5 España.



Usted es libre de:

- Copiar, distribuir y comunicar públicamente la obra

Bajo las condiciones siguientes:

- Reconocimiento. Debe reconocer los créditos de la obra de la manera especificada por el autor o el licenciador (pero no de una manera que sugiera que tiene su apoyo o apoyan el uso que hace de su obra).
- No comercial. No puede utilizar esta obra para fines comerciales.
- Sin obras derivadas. No se puede alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de esta obra.

Al reutilizar o distribuir la obra, tiene que dejar bien claro los términos de la licencia de esta obra.

Alguna de estas condiciones puede no aplicarse si se obtiene el permiso del titular de los derechos de autor

Nada en esta licencia menoscaba o restringe los derechos morales del autor.

Luna de cristal

Nadie lo ve. Nadie. Sólo yo. El mundo y las personas andan como espíritus errantes en un rutinario y eterno día a día, formando millones de presentes, forjando millones de futuros, viviendo millones de pasados. La capital es horrorosamente densa. Hay demasiada gente por todas partes. “Hora punta” lo llaman. ¿Punta de qué? ¿De iceberg? Porque debajo de todo eso reside precisamente el auténtico sostén del mundo.

Y ahí los tienes a todos: a los grandes pájaros que creen ser algo más que el resto, en sus flamantes coches, con sus buenos trajes y caros zapatos, con sus falsas sonrisas y sus mundos de negocios. También tienes a los residuos, a los parásitos de una sociedad que con su egoísmo y su falta de miras los crea a diario a partir de sí misma, esos pobres desheredados que por diversas razones (justas o no, ahí no quiero entrar) se ven ajenos a la marea humana, con un único objetivo: unas pocas monedas y una sonrisa ajena para paliar un poco la angustia del hambre, el mal olor corporal y sobre todo, la soledad.

Y por último, el resto. Los demás. La masa. Los que cabalgamos por el accidentado camino de la vida sobre una yegua blanca que hemos llamado “honradez”. Los que, ya sea con los libros, ya sea de cualquier otra forma, movemos los ejes desgastados del mundo para que siga avanzando sobre sus cuadradas ruedas. Así nos cruzamos con cientos de caras al día, decenas de miradas y algunos deseos de volver a verlas. Y no somos nadie, pero somos todos. Todos somos. Somos hijos, padres, amigos, compañeros. A alguien importamos pero a otros muchos no. También hay gente famosa y admirada, pero en su caso se debe a otros motivos menos merecidos. O menos sencillos.

Ahí está la clave. En la sencillez. En la gente sencilla, del montón. En las cosas sencillas. ¿Acaso son aquéllos más que el hombre de mono azul que está limpiando ahora los cristales de esta biblioteca? En absoluto. Ahí le tienes, con su walkman puesto (aquel prehistórico abuelo del MP3) y trabajando con el cubo y el cacharro ese (se llame como se llame), sacándole brillo a una luna acristalada e inerte, que soporta cada día la mirada indiferente de tantas personas, que la atraviesan injustamente por su inherente transparencia, de la que no tiene ninguna culpa.

Y como ella el limpiacristales hace su trabajo, silboteando a ritmo de música de los setenta, ignorante de su ignorancia y de la ignorancia del resto hacia él, por mucho que ellos tengan estudios y estén en la universidad, y él no. Porque eso no importa. Solo importa que está ahí. Haciendo lo que hace. Desempeñando uno de los papeles más importantes. Porque yo me pregunto: ¿Por qué nadie se da cuenta nunca de lo limpios que están los cristales?

Pues fácil. Porque sólo nos fijamos en las cosas malas. Si no hubiera nadie ahí para limpiarlos, seguro que todo el mundo diría: “¡Joder, qué de mierda tienen los cristales!”. Y habría burlas, y protestas y cada uno lo contaría en su casa o a sus amigos: “Pues en mi facultad, los cristales están llenos de mierda”. En cambio, nadie dice nunca: “¡Qué gusto da ver los cristales tan limpios!”. Y eso es porque la naturaleza humana es una injusta corrupta. No sabe apreciar las cosas buenas cuando las tiene. Y eso es muy triste. El mundo es lugar muy triste ya de por sí. Muy triste...

Pero ahí es donde entran los amigos. La gente querida de verdad. La gente que nos quiere. Eso es lo más valioso: el cariño. Dado y recibido. Sobre todo en los malos momentos. En esas trágicas rachas que en soledad serían insoportables. Ahí toma valor la palabra “apoyo”. Hay que escuchar y ser

escuchado. Hay que llorar y ser consolado. Hay que vivir acompañado y morir solo. Como dos cristales empañados de lágrimas, todos necesitamos a alguien que, con gesto de ánimo y buena voluntad, nos limpie los ojos y nos los haga abrir. Porque hasta un limpiacristales puede ser la persona más importante y que desempeñe el más valioso de los papeles.

Y por eso hay tantos ciegos. Por eso, nadie ve la ausencia de manchas, solo las manchas. Por eso, nadie ve la luna de cristal, ni al hombre que la limpia.

Los hilos del destino

Los sueños no existen. Por mucha esperanza que en ellos depositas. No existen, no. Solo somos como luces pasajeras que titilan para después apagarse. Hojas secas de otoño que mueren y caen del árbol que las sustentó. Así son los sueños. Gotas que se precipitan hacia un abismo que todo lo engulle llamado frustración. Y cuando caen en él, se secan. Un voraz viento que también tiene nombre las evapora con cierta indiferencia. Se llama olvido. Cargamos los pesados fardos de cierta mula de rostro inexpresivo, la rutina, con el único fin de estar así preparados para recorrer el largo y difícil camino de la vida. Todo es en vano.

No importa lo que eches en la bolsa. Siempre se te olvida algo. Y es entonces cuando aprendes y tomas conciencia de que “te habías equivocado”. Y te preguntas si realmente el error fue tuyo o simplemente eres una marioneta manejada por hilos invisibles, gobernada por un titiritero un tanto injusto. Me enerva considerablemente la sola idea de no ser yo la que lleve el control de mi propia vida a través de mis actos, pero ya he de rendirme ante la evidente realidad de que no todo depende de mí.

¿Destino? Es una buena forma de explicar las cosas. Una vía rápida. Una senda marcada a la par que invisible y desconocida. Por eso no podemos cambiarla. No al menos en ciertos límites. Las directrices principales ya están preestablecidas y no podemos más que seguirlas, paseando por esa ruta prefijada como animales siguiendo un rastro. Todo lo que podemos hacer es intentar que sea más llevadera la caminata. Nada más. Una pesada carga a acarrear mientras. Una compañía de espectros siguiéndonos y acosándonos: la incertidumbre, los recuerdos, los sueños rotos o la muerte. Un cielo gris de tormenta, siempre dispuesto a arrasarnos con un simple rayo.

Así que he llegado a una conclusión: disfrutar del viaje. Aunque no es algo que se me dé bien. Pero no importa. Aprenderé. El mundo no es más que una forma de ver las cosas. A partir de ahora, viviré al máximo. No sé si sabré. No puedo saber si podré. Solo he de comprender. Sin más. Dar una vuelta de rosca más al entramado universal no es el objetivo de la humanidad. Somos animales evolucionados. Pero atados por las mismas ligaduras: tiempo, vejez, enfermedad, hambre, sueño, apetitos sexuales, sed, frío, calor, fatiga, necesidades de excreción, anhelos o el deseo de relacionarnos. Y el cariño.

Esa es la diferencia. Podemos amar. Tampoco sirve de nada. Somos fútiles, somos insignificantes, somos (un) polvo. Aunque importemos a otros u otros nos importen más que nada en el mundo, no importa. Nos vamos. O se van. Y con ellos, todas las pequeñas cosas que significaban y que tanto habremos de echar de menos. No, abuela, no. Ya no me podrás invitar a tu casa a comer esas migas de tu pueblo que tan ricas hacías y que tanto me gustaban.

No, abuela, no. Tu corazón se ha parado. El mío llorará tu pérdida. Tu Dios te acogerá en su cielo brillante. Ese mismo dios que te lleva, como tú decías con una sonrisa, agarrándome con una mano la mía, mientras con la otra aferrabas y jugueteabas con el crucifijo de tu cuello. Allá, en la pálida y lóbrega habitación del hospital. Ni todos esos tubos clavados en tu cuerpo pudieron salvarte. Qué me queda a mí entonces. Nada que me pueda salvar.

¿Y el Amor? El Amor es otro sueño irreal que como nace, se muere, dejando hijos y nietos llorando su pérdida. ¿Y el Desamor? Es simplemente eso: el regreso a la inexistencia.

Polvo eres.

Fantasma

Una luz mortecina intenta en vano iluminar mis ojos. Hacer brillar las perezosas lágrimas que los habitan. Esas cristalinas cabezotas que se aferran a mis pestañas, sin querer salir. No. La cabezota soy yo. Por no darme cuenta de lo que me rodea: la Nada. Me empeño en ver formas, las supongo reales, tangibles, sólidas. Pero no. Son tan efímeras como el propio espíritu.

El alma.

¿Acaso existe tal cosa? Yo debí perderla hace tiempo, porque éste ya no me recuerda su cruel paso, y me parece que siempre vivo el mismo momento, en un eterno ciclo. Bueno, lo de que “vivo” es una expresión, claro. Porque yo debí perder el alma. Porque me parece que habito una muerte en vida. Porque existo, sí. Pero sin alma no se puede vivir.

Vago temblorosa a través de las cosas, atravieso puertas, penetro umbrales prohibidos, veo lo inaudible y escucho lo invisible. Pero no puedo tocar lo tangible. Eso ya no. Eso me ha sido vedado. Prohibido. Estoy olvidando ya el significado de una caricia, el valor de un abrazo, el dulce encanto de un beso. No me quedan placeres. No se me permite el cariño. Y eso duele.

Duele mucho.

Eso sí. El dolor sí que me lo dejan tener. Eso no me lo quitan. Y poco a poco se incrementa. Cada vez más. Junto con el Olvido. Tan difícil de conseguir, pero ahí está. Olvidar el cariño. Muy difícil, sí.

Olvidar.

Camino encadenada a una estaca que no puedo ni quiero (aún) derribar. Mis movimientos están limitados a un puñado de cosas que como gotas de lluvia tan solo forman para mí un mar de incesante agonía rutinaria. Un mar alimentado por los caudalosos ríos de mis propias lágrimas. Un mar en el que me estoy ahogando. Y ahí estás tú.

La estaca.

Que acertó en medio de mi corazón. Y me paraliza cual vampiro alejándome de tu lado. Encadenada a mi propio corazón. Qué frase tan irónica. Pero es así. Tú eres lo que engarota mi frágil y etéreo cuerpo. Tú eres mi prisión, y cada uno de los recuerdos que me unen a ti son como eslabones, candados, barrotes, puertas cerradas. Y no tengo las llaves. No puedo abrirlas. Las traspaso, sí, como una sombra difusa, y contemplo lo que hay al otro lado, expectante. Mas alcanzarlo es imposible. Y no me gusta nada lo que allí veo, así que tengo que volver atrás, a mi celda, a mi crisálida de color gris.

Gris ceniza. Ceniza muerte.

Muerte. Un paso más. Hubo miedo, dolor, llanto. Habrá más. Porque sí. Yo lo sé. Sé que soy un fantasma. Un espectro irreconocible e insignificante. Vagabundo. Errante. Solo. Porque así morí y

así he de existir, aunque no vivir. Pues para vivir hace falta un alma. Y la mía está en pena. Porque he muerto. Pero no quiero verlo. Muerte de pena. Y la luz rivaliza conmigo, en su lento apagar.

Me apago. Me olvido. Pero no muero.

No otra vez.